

Bernardo Revuelta Pol

CASTELLANOS EN
CIUDAD PARTIDA

Doce Galles
EDICIONES

ÍNDICE

1. El paje.....	9
2. El banco.....	23
3. La penitencia.....	39
4. El torneo.....	57
5. La caza.....	73
6. La custodia.....	89
7. Memoria de don Martín: el cautiverio.....	103
8. El litigio.....	119
9. Memoria de don Martín: el mercenario.....	135
10. El arreglo.....	151
11. El Juicio de Dios.....	167
12. La confesión.....	181
13. La partida.....	195
14. En la corte.....	211

EL PAJE

El párvulo corrió hacia el escritorio para anunciar que el Prior requería mi presencia en el claustro interior. De inmediato, recalcó el niño insolente, al que alguna vez había tenido que disciplinar y que ahora me miraba burlón, como sabedor de que era mi turno de someterme a la exigente autoridad de frey Mauricio. Tapé el tintero, recogí papeles y pluma, eché al crío de la biblioteca y salí cerrando con llave, temiendo que por fin la Orden hubiera tomado una decisión acerca de mi inmediato futuro, tal vez la expulsión del monasterio. O quizás se había recibido el documento garante de mi limpieza de sangre, y con ello mi derecho a ser definitivamente admitido en la Orden de la Santa Luz, si no como futuro caballero, al menos como cronista, lo que era mi auténtica vocación. Llegar a Maestro de los Escritos. Pero era otro el motivo de la llamada.

Frey Mauricio estaba acompañado de un hombre, que por su gesto arrogante y su vestimenta de mallas de acero, visible bajo el sayo de color arena, era sin duda un caballero. Fornido, más alto que yo, que no soy pequeño, luciendo breve barba, negra como sus cabellos, también cortos. Pero no llevaba sobre el pecho la cruz dorada propia de la Orden, ni tampoco ninguna otra insignia que señalase su afiliación. Me miró con atención, paseando la mirada de arriba abajo, y preguntó cuántos años tenía.

— Diecisiete — respondí, ante el silencio del Prior.

— Demasiados para un paje — comentó el caballero, para mi sorpresa, pero antes de que pudiera pedir alguna aclaración, habló frey Mauricio.

— Don Martín, el salvoconducto autoriza un acompañante, que lo será en condición de paje, escudero o gendarme. Álvaro no puede ser escudero, porque no están resueltos ciertos problemas acerca de su linaje. Y tampoco gendarme, evidentemente. Será un buen paje, como habéis solicitado.

— No entiendo nada, reverendo... — me atreví a decir. Y el Prior me concedió una breve explicación.

— El caballero don Martín de Pas debe realizar un viaje al servicio de la Orden, y necesita un asistente, que serás tú. Mientras viajas lejos de esta casa puede que llegue el escrito que nos permita decidir sobre tu ulterior posición.

Incliné la cabeza, mientras pensaba en qué podría consistir ese servicio que se encargaba a alguien ajeno a la Orden, pero antes de atreverme a preguntar habló el caballero.

— ¿Sabes montar?

— Sí, pero con poca práctica... y no tengo caballo.

— Ni lo tendrás — dijo el Prior con un bufido — Te encargarás de un par de mulas. Deolinda y Roberta.

— ¿Manejar armas? — insistió don Martín, que daba la impresión de no estar muy convencido de la valía de su nuevo paje.

— Yo... yo no tengo derecho a llevar espada — respondí, sorprendido por unas preguntas que hubieran sido más adecuadas para un aspirante a escudero.

— Nadie pretende que lo hagas, pero no es conveniente viajar desarmado. Te buscaremos un buen terciado en la armería.

— Pero nunca he usado uno...

— Te daré una lección cada día. Cuando lleguemos a nuestro destino quizás seas capaz de no cortarte a ti mismo. Saldremos mañana temprano, después de misa. Vamos ahora a buscar los equipajes, para dejarlos preparados. Con su permiso, reverendo.

Y corrí detrás del caballero, rumbo a los depósitos del sótano.

Partimos a la hora prevista, don Martín en su corcel retinto, de nombre Deimos, una bestia fuerte aunque no la más bella de las cabalgaduras. Y yo detrás, montado en la paciente Deolinda, que también cargaba parte

del equipaje, el resto del cual portaba Roberta. Aún no me habían dicho cuál era nuestro destino, pero a juzgar por lo que llevábamos con nosotros, viajaríamos por una ruta despoblada. Además de ropajes y mantas, también odres de agua, botas de vino, bolsas de pan, bizcocho, queso y tasajo, las cuatro lonas triangulares con las que montar una tienda piramidal, con su mástil y sus picas, un hacha, un par de cuchillos, otro par de perolas, y algunas cosas más, yesca, pedernal, hasta una pastilla de jabón, lo cual me sorprendió. Lo mismo que al caballero ver mi cartera con varias manos de papel, frascos de tinta y un juego de plumas. Tomaré notas de todo el viaje, le dije, y él se limitó a mover la cabeza, como denotando escepticismo. Esa misma mañana me había dado el terciado prometido, junto con una rodela en razonable buen estado.

— Esta tarde practicaremos un rato, cuando hayamos acampado — me dijo. Yo esperaba que, de encontrar elementos hostiles en el camino, sería suficiente la experiencia de mi señor, que ya vestía la cota de malla, con piernas y almófar, aunque dejando el yelmo colgando de la silla del caballo, junto a la adarga muda, un arco de doble curvatura y el carcaj bien lleno. Al cinto llevaba el arma de cruz que sólo pueden usar los gentilhombres, una espada de mano y media, que más tarde supe que estaba forjada con acero de las Tierras Altas de Castilla. Como en todo guerrero, un puñal acompañaba al hierro más largo. Y al salir de la misa matutina vimos corriendo hacia nosotros a quien iba a ser nuestro último acompañante. Un alano de piel atigrada, que saludó a don Martín lamiéndole la mano y que a mí me miró con gesto de alerta.

— Cuando vea que vamos juntos confiará en ti. Será nuestra guardia nocturna. Se llama Timo.

Don Martín no era muy hablador, pero se sintió obligado a revelarme en qué consistía la misión en que me habían embarcado, aunque lo hizo cuando ya marchábamos por el camino que llevaba del monasterio a la carretera real.

— Vamos a Ciudad Partida. Llegaremos en menos de una semana.

No me esperaba ese destino, pero al pensarlo me di cuenta que ello explicaba la oculta filiación de don Martín y que el Prior me ordenase confesar antes de partir. O el abundante equipaje y la necesidad de salvoconducto.

EL TORNEO

Los aspirantes a cazadores eran demasiado numerosos aún después de la subasta, y el torneo en el que se decidía su participación en la batida era la gran atracción del Festival del Dragón. Al menos para la mayor parte de los espectadores, ya fueran visitantes o residentes. Para el público, de la caza propiamente dicha sólo llegarían noticias de segunda mano, y a veces los restos de los vencidos por el dragón. Por supuesto, la traída del cadáver del monstruo, para ser paseado por las calles de Ciudad Partida y exhibido en la Plaza Central, hubiera supuesto un espectáculo sin rival. Pero no se estimaba cosa muy probable. Las apuestas estaban claramente en contra de que alguno de los veinticuatro caballeros elegidos fuese capaz de dar muerte a la bestia, ni siquiera con la ayuda de un gendarme o un escudero, por fin aprobada dicha novedad en las normas de la caza, confirmando los rumores de días anteriores. Y yo le reiteré a don Martín mi disposición a acompañarle. Accedió sin demora, indicando que deberíamos aprovechar el par de días que nos quedaban para practicar todo lo posible. Se le veía satisfecho, pero yo no dormí mucho aquella noche.

El día del torneo, el martes, comenzó con una misa oficiada por el arcipreste de la basílica de Cristo Rey, la mayor iglesia de la ciudad, que en algunas ocasiones hacía las veces de catedral, pues el fuero de Ciudad Partida no autorizaba la existencia de auténtica catedral, ni de obispo, por tanto. Misa a la que asistieron todos los caballeros que poco después se enfrentarían entre ellos. No fue muy larga la ceremonia, y una vez terminada nos dirigimos en procesión a la plaza. Don Martín tenía sitio

en la primera fila, pero yo debí subir a lo más alto del graderío, lo cual no era del todo inconveniente, pues desde allí podía ver no sólo el coso sino a buena parte de los espectadores, incluyendo a los apostados en el graderío de enfrente. Allí se agrupaban los espectadores del otro lado, también muy numerosos, a pesar de que nadie de su raza participaba en el torneo. No podía dejar de mirarlos, deseando haber tenido a mano la herramienta de un pintor, para retratar aquella multitud que reunía a todas las estirpes de los hijos de la Tierra.

Sobresalía el gigante que conocimos en la montaña, con su inconfundible bóveda craneal, aunque no era el único en su género, pues era fácil distinguir a otros siete colosos, inmóviles como estatuas, sus ojos fijos en la arena todavía vacía. Y capricornios, monóculos, hiporiones, hadas, brujas, lobisomes, homúnculos, además de otras castas que no pude reconocer a primera vista. No vi a las Brujas Negras, quizás poco proclives a exponerse bajo la luz diurna, que ese día era intensa, irradiada por las nubes de plata. Busqué a Elina entre las hadas, pero era imposible reconocerla, suponiendo que hubiera venido, porque todas ellas iban cubiertas de cabeza a pies con largas y coloridas vestimentas que solo descubrían los ojos.

En el centro de cada graderío se alzaba una tribuna cubierta, donde se sentaban los concejales del correspondiente lado. El que parecía presidir el de enfrente era un capricornio de blanca barba y largos y retorcidos cuernos, signo de su edad. A su lado se sentaba una hembra de muy amplias y desajustadas proporciones, de cabeza calva, antebrazos peludos y con una enorme boca, como de rana. Tarascas se llamaban las geoides como ella. Sonaron las trompetas, y al poco, recibidos por el griterío de los espectadores, entraron los caballeros desde el flanco derecho de la arena, desfilando ante nosotros a un trote lento, hasta quedar todos agrupados en el extremo opuesto. Un heraldo tocó de nuevo su trompeta, un voceador gritó el nombre de un caballero, y éste galopó ante nosotros, acompañado por las aclamaciones de la multitud. Y al primero fueron siguiendo los demás, uno a uno. No todos eran igualmente ovacionados, pues era evidente que unos eran más queridos que otros. El jinete llamado Beltrán del Pino se llevó los máximos honores populares y pregunté a mi vecino de al lado, que también había gritado con entusiasmo. Según me dijo, el caballero del Pino había participado en la cacería del dragón

anterior, hacía como diez años. De hecho, fue el que dio muerte a aquella bestia. Y el pueblo esperaba que también fuera capaz de acabar con el dragón actual.

— En la última caza, hace dos años, no pudo acudir. Estaba en la campaña de Túnez. Mala suerte — dijo el ciudadano.

Yo pensé que no encontrarse con el dragón quizás fuera una bendición de Dios, pero me limité a asentir con gesto grave, y volví a observar los ritos llevados a cabo por aquellos hombres fuertes y saludables, que invertían buena parte de sus fortunas en alcanzar el derecho a ser devorados por un engendro del infierno.

El siguiente acto consistió en la marcha de todos los caballeros hasta el centro de la arena, para quedar frente a la tribuna del Concejo del Sur, y allí esperaron mientras el voceador volvía a llamarles, dándoles un número a cada uno. A medida que lo recibían, galopaban hacia uno de los extremos de la palestra, los que tenían número impar a la izquierda, los pares a la derecha. Se habían despachado setenta y dos números, así que tras la primera ronda quedarían treinta y seis, todavía demasiados, pues sólo había quince plazas disponibles; las otras nueve, hasta completar veinticuatro, estaban reservadas a los veteranos de la caza anterior, como mi señor.

Yo esperaba el comienzo inmediato de los choques, pero aún faltaba representar un acto más de aquella función preliminar. La tribuna del otro lado era alta, y su frente, desde la barandilla superior hasta el suelo, estaba cubierto con unos cortinajes, como el telón de un teatro. Según he leído, porque nunca he acudido a un teatro, ni siquiera para ver un auto sacramental. Y ahora ese telón se abrió, dejando salir un gran dragón rugiente, que culebreó por la arena entre las aclamaciones de los hijos de la Tierra. Un dragón de madera, cartón y tela, movido por lo que supuse era una cuadrilla de homúnculos o monóculos agolpados en su interior. Las ovaciones de los geoides fueron contestadas por los abucheos e insultos proferidos por los cristianos, y así transcurrió la función, hasta que sonaron las trompetas y la enorme marioneta se volvió por donde había venido. Entendí entonces que en el Festival los caballeros representaban a los cristianos, pero el dragón era el paladín de los desalmados. En cierta manera la caza era símbolo de la guerra civil latente en aquella ciudad dividida en dos.